





Todos deseamos, pensamos, hablamos, hacemos, siempre con algún propósito y desde algún lugar, y ése, nuestro lugar de enunciación, es por nuestra condición humana de hombres y mujeres, algunos mudos ante cientos de miradas que posiblemente son cómplices de la sociedad que ha sido construida a sangre y fuego. Otras son formas de verse y asumirse en el mundo, algunas no tan comprometidas como las realizadas por los niños y las niñas, claras al expresar la construcción digna de lo social, de lo justo y de los derechos.

Las y los maestros hacemos parte de esta construcción de lo justo y lo digno, de la sensibilidad frente a la realidad que vivimos en el día a día, de los trazos y la inspiración en el colegio, que aquí sentimos. Así nos oponemos a lo que no enseña, a lo que no libera, a la verticalidad, al autoritarismo y la ausencia de toda crítica. A las formas de vivir en la no diferencia, a la *hegemonización* donde no se escucha y se establecen normas. Normas son normas, se gritan y susurran, se cumplen y se ponen fuera de cada uno, haciendo invisibles las miradas, los trazos y las fotografías de todas y todos.

Los condenamos a la soledad, soledad del mundo, abandonado a la fuerza y soledad al sentir que deben construir otro, no deseado, oscuro, desalentador y hostil. Terminamos construyendo niños y niñas invisibles, sin reconocer su historia, de un mundo que ha caducado, sin regreso y enfermo porque ha muerto. Sin embargo, los dibujos, los relatos, los gestos nos dicen a diario, nos gritan cada vez más y con mayor fuerza que existen y merecen ser incluidos en el mundo del saber, del arte y la vida misma.

Los pocos muros de piedra en las escuelas y las numerosas mallas que los rodean, crean la ilusión de poder ver lo que pasa en su interior, lo cierto es que no sabemos: ciegos en lo evidente del mundo, conocido en la apariencia y descono-

cido en sus rutinas. Y así vivimos, percibiendo las formas, pero no el contenido, resignificando relatos sin reconocer la diferencia en sí mismo y menos en el otro.

A pesar de estas preocupaciones, muchos contrariamos el egoísmo propio de la modernidad, frustrada y malograda no sólo en la ciudad, sino en el país y el continente. De ello proponemos vernos en la historia, con nuestros propios desplazamientos, ser y seguir siendo, construir construyéndonos, del destierro de nuestros ancestros para reconfigurar la historia de los desterrados y los exiliados de nuestra propia tierra. Nuestra historia de identidades individuales y colectivas rotas, fracturadas, trasplantadas en el mejor de los casos y abandonadas, en otros peores.

Con los niños y las niñas sentimos la expulsión y la condena a buscar de nuevo el espacio y el tiempo que nos pertenece. Cada sábado es un instante que pasa de inmediato, pero es nuestro tiempo, dos horas rápidas de encuentros y desencuentros: origami, videos, caminatas, compartirlo todo... El viaje a la bocATOMA del río en un pueblo al que fuimos, llamado Villeta, ocasionó un efecto de nostalgia volver a vivir el río: sus aguas, risas y pequeños miedos. Por unos días estos espacios se convirtieron en el centro de nuestras vidas; tomados de la mano caminando en las playas, en los senderos, esquivando serpientes pero deseando verlas; en los rieles del tren que ya no pasa, comiendo caña que Jesús nos dio a todos, recordando los paisajes, las personas y los días de aliento cruzados por pasados agobiantes pero esperanzadores en el presente que apostamos.

En el viaje iguales, las historias distintas y con pasados diversos: pasado, presente y futuro convergen en un solo instante de placer, ansiedad y alguna sensación de vacío evidente en preguntas sencillas: ¿qué vamos a hacer?, ¿para dónde vamos?, ¿vamos a volver? También olvidamos las formas violentas, hartas y rutinarias del cole, fundimos la vida con el territorio y así pasamos dos días maravillosos. No dejamos de ser colegio, tampoco nos concebimos de espaldas a la



realidad que vivimos en Ciudad Bolívar, simplemente sostuvimos otros diálogos y, sobretudo, aprendimos de una manera distinta: los nombres de los árboles y sus usos, la caña y el trapiche, *lenguajeando* sin fin, conversando siempre en el día y en gran parte de la noche.

Apartarnos por un instante de los horarios, los textos, el ruido, las clases que no responden a muchos de nuestros intereses inmediatos; alejarnos de la contaminación y la hostilidad del medio en el que pasamos gran parte de nuestras vidas significa un acontecimiento real y lleno de sentido en lo que hacemos en “Caminos de paz”.

Por todo lo anterior, los maestros no podemos unirnos a la indiferencia del Estado a invisibilizar a los niños y a las niñas con sus familias, sus vidas de resistencias, adversidades y resiliencia; alegrías y tristezas, idas y venidas, encuentros y desencuentros, llevando a cuestras las consecuencias de la guerra, el egoísmo, el odio, la hostilidad y la discriminación que caracterizan a muchos que son pocos, los que dominan, asesinan, arrasan y disfrutan del trabajo de todos y todas. ¿Qué hacer? Asumir compromisos que determinen y orienten el modo de ver y acercarse a las complejas realidades de lo humano y lo social. Significa compartir el paisaje, el trabajo, la palabra y la lengua que une. Significa construir despertando la conciencia, en la diferencia de los otros con los otros y con nosotros mismos, solidarios promoviendo acciones, impulsando vientos de cambio que favorezcan el desarrollo de los individuos y los colectivos en una directa e innegable acción de dignidad del ser humano.

Hemos emprendido una lucha contra la exclusión, la discriminación y la indiferencia que esperamos, todos comiencen.



- *El montaje me recuerda una película que estábamos viendo con los estudiantes sobre el trauma de una niña en Afganistán, y dentro de la sinapsis decía cómo se logra contar una historia sin caer en el dramatismo exacerbado en el que a veces caen las películas de Colombia, con la idea de que los niños son pobrecitos.*
- *¿Por qué se logra eso? ¿Qué hace que en ese tratamiento, que en esa organización y ocupación del espacio, lográramos eso?*
- *Porque hubo un planteamiento muy oportuno, y es que no se trabajó el inicio, el nudo y el desenlace, en términos de dramaturgia, sino que nos dijeron un antes, un durante y un después, que eso es distinto, porque el después no significa resolución del conflicto.*
- *¿Sería esa la clave? Ahí puede que metodológicamente hablando les sirvió el antes, durante y el después, puede que se haya logrado una maduración mayor, pero en la curaduría y en la disposición de cada obra, tanto en la autoría de ustedes, qué sucede.*
- *Yo creo que por otra cosa, y es que nosotros por primera vez, o particularmente yo, me cuestionaba, me preguntaba, y entonces el lenguaje plástico le permitía hacer eso. Algo así como una puesta en escena sobre la acción concreta, y permitimos que de alguna manera fuera el espectador el que hiciera toda la interpretación emotiva, o sea que se le permite al otro leer sin que nosotros lo saturemos de emotividad.*